

UNA BANDERA EN AYACUCHO

Casi hasta la medianoche estuvimos Dumas y yo cantando viejas composiciones venezolanas y oyendo las interpretaciones típicas de la sierra peruana, en una fría fonda de la calle principal de Huamanga, capital del Departamento de Ayacucho. Mi compañero, paisano y amigo con su cuatro y una bella mujer indígena con su guitarra, entretuvieron hasta tarde a los Cadetes y parroquianos que fueron allí la noche del 8 de diciembre, víspera de la Batalla liberadora, 150 años después. A lo lejos se sentían las sombras de la noche serrana, en un frío terrible que helaba las venas.

Panameños, bolivianos, ecuatorianos, colombianos, peruanos, venezolanos y hasta chilenos. El semillero militar latinoamericano había inundado las calles onduladas y serpenteantes para la gran celebración de la década. La conversación giraba en torno a dos temas principales. Uno era, por supuesto, el obligado del momento: los preparativos de la batalla, sus incidencias y consecuencias políticas y militares para aquel momento histórico de nuestro continente. Un profesor universitario presente allí, entre cerveza y cerveza, afirmaba que en el cerro **Condorcunca** no hubo ninguna batalla, sino un pacto entre los dos ejércitos, en el cual los españoles entregaron las armas. El otro tema era más espinoso, por lo actual. Y además, vedado supuestamente para los hombres de armas, especialmente los venezolanos: la participación de los militares en los procesos políticos de los países latinoamericanos. Los peruanos defienden con gran pasión a su gobierno, el del general Juan Velasco Alvarado, a quien tuvimos la suerte de saludar personalmente esa tarde y recibir de sus manos un pequeño libro empastado en azul, titulado **La Revolución Nacional Peruana**. Por su parte, un ardoroso anti norteamericanismo surge a borbotones del discurso de los jóvenes cadetes del Colegio Militar de Panamá, la del Congreso Anfictiónico, la del Canal Interocéánico.

Nuestro amigo chileno Juan Heiss, cadete del Colegio Militar de Santiago, en cambio, se mantenía más reservado en cuanto a las opiniones sobre la Junta Militar del general Augusto Pinochet.

Nosotros, Dumas, Carlos Escalona y yo, adelantamos algunas opiniones sobre el papel de los militares en la sociedad y particularmente, el apoyo incondicional que en Venezuela han prestado las Fuerzas Armadas al sistema democrático en los últimos 16 años. Pancho Hernández, cadete peruano del cuarto año, me dijo ya al final de la amena charla, con su voz de profundo acento indígena, quechua: *“Verá Ud., como ya algún día se cansarán de esos cabrones.”*

Llegamos cantando a la medianoche los tres llaneros de Barinas y Portuguesa, entonando **Fiesta en Elorza**, a la colina donde funciona la Escuela Municipal, sitio de nuestro alojamiento. El capitán Ismael Carrasquero, nuestro comandante, nos hizo una reprimenda por haberlo despertado a esa hora. Es un buen jefe, especialmente por lo humano de su carácter. Subimos luego las escaleras en silencio y recordamos que ya es 9 de Diciembre, día de la Batalla. Un silencio profundo se hallaba congelado y petrificado sobre la milenaria cordillera de los Andes Peruanos.

Muy temprano, después del típico desayuno con exceso de picante partimos en autobús hacia la Pampa de La Quinua. Cruzamos empinados caminos, entre columnas interminables de gentes, mayormente indígenas de trajes coloridos, que iban a pie y algunos en bestias, hacia el histórico sitio. El cielo amaneció azul intenso, aunque más allá de las altas montañas, hacia el oeste, podían verse oscuros nubarrones.

En una curva del camino, por fin oímos a nuestro guía señalar hacia el norte “allá está el cerro”. Inmenso es el Condorcunca

o **Rincón de los Muertos**, en Quechua. Una falda amplia se abre hacia la pampa donde se decidió la libertad de este gigantesco territorio que se inicia allá en nuestras costas del Caribe. *Hasta aquí vinieron a pelear los llaneros, Dumas*, le dije al alférez auxiliar Ramírez Marquínez, compañero desde los años de secundaria allá en Barinas, en nuestro recordado Liceo O'Leary.

Luego de la parada más larga que en mi vida de cadete he hecho (casi seis horas), desfilamos bajo un torrencial y frío aguacero que nos hizo levantar el barro con nuestro paso redoblado. En esa tribuna estaban los Presidentes de nuestros países bolivarianos, responsables de los destinos del subdesarrollado pueblo latinoamericano.

Y finalmente, entrando la tarde, se inició una escenificación de la Batalla, llena de colorido.

Entre todo aquello, vuelto un maremágnum de indígenas, soldados, caballos y lluvia, cruzó la pampa repentinamente una joven quechua sobre un caballo blanco, llevando en alto el flamante tricolor venezolano. Recortadas las siete estrellas sobre el cielo encapotado, me sentí tocado en la fibra venezolana y latinoamericana que nos mantiene aferrados a nuestra historia, ante un presente confuso y oscuro, como esta tarde de hoy en la legendaria tierra de Ayacucho.

Alférez Hugo Chávez Frías
Huamanga, 9 de diciembre de 1974